

*Emoción a flor de piel*

## Planta 4<sup>a</sup>

**Producción:** Bocaboca Producciones S. L., 2002. **Dirección:** Antonio Mercero. **Guión:** Antonio Mercero, Albert Espinosa e Ignacio del Moral. **Director de Fotografía:** Raúl Pérez Cubero. **Montaje:** José María Biurrun. **Música:** Manuel Villalta. **Intérpretes:** Juan José Ballesta, Luis Ángel Priego, Gorka Moreno, Alejandro Zafra, Marco Martínez, Marcos Cedillo, Maite Jáuregui, Diana Palazón, Elvira Lindo. **Duración:** 100 minutos. **Estreno:** 24 de octubre de 2003.



Con cierta expectación –tanto por el tema como por venir precedida de premios del público, al mejor director y a la interpretación en los festivales de Montreal y Málaga– se esperaba el estreno comercial de *Planta 4ª* (Antonio Mercero, 2003). Los resultados no han defraudado las expectativas, puesto que, cinco meses después de su estreno, *Planta 4ª* ha sido vista por 1.049.070 espectadores, logrando una recaudación de más de cinco millones de euros y situándose como la quinta película española más vista de 2003. Por otra parte, Mercero ha sido tradicionalmente un director no demasiado apreciado por buena parte de los críticos –que han tendido a considerarle un realizador menor o excesivamente ligado a la televisión–, pero en esta ocasión el director guipuzcoano se ha ganado también el apoyo de un porcentaje importante de la crítica, además de haber conseguido la nominación de *Planta 4ª* como mejor película en los premios de la Academia de las Artes y Ciencias Cinematográficas de España.

La sorpresa que puede haber producido este éxito es sólo relativa para quien conozca la trayectoria global de Mercero, tanto en televisión (con éxitos importantes en series como *Crónicas de un pueblo*, *Verano azul* o *Farmacía de guardia*), como en la pantalla grande, en la que, junto a resultados muy mediocres, ha logrado películas de cierta calidad. De hecho, su anterior filme, *La hora de los valientes* (Antonio Mercero, 1998), pasó casi desapercibido, pero se trata, en mi opinión, de una de las mejores, si no la mejor, película

española reciente sobre la Guerra Civil. Y no tanto por sus valores cinematográficos explícitos –pues el film adolece, por ejemplo, de cierta falta de presupuesto, que hace la ambientación poco creíble–, sino por la hondura y la fidelidad a los hechos históricos con que Antonio Mercero refleja el Madrid de la guerra, cercado por las tropas franquistas, hasta la entrada de los vencedores en la capital de España y el fin del conflicto. *La hora de los valientes* tiene además una característica común con *Planta 4ª*, habitual en diversas producciones de Mercero, que no es otra que la importante presencia infantil, achacada habitualmente al hecho de que el director guipuzcoano sea padre de familia numerosa.

Sin embargo, y a diferencia de lo que ha sucedido en televisión, este relativo buen hacer no había sido correspondido, en sus producciones cinematográficas, por la respuesta del público y de ahí que sí pueda calificarse de sorpresa el éxito del filme. Pero el hecho es todavía más sorprendente si tenemos en cuenta el tema elegido por Mercero para volver a la gran pantalla después de cinco años de ausencia. Huyendo de los temas manidos del cine español, *Planta 4ª* es un filme que aborda ni más ni menos que la incidencia del cáncer infantil, a través de las aventuras de un grupo de enfermos adolescentes, internados en un hospital madrileño. A lo largo de la película vemos la relación de los jóvenes pacientes con médicos y enfermeras, sus amores, juegos y amistades, sus incursiones nocturnas en los lugares prohibidos del hospital, sus partidos de baloncesto contra chicos de un centro sanitario rival, sus dudas y reacciones ante la enfermedad y la apoteosis final, con la fiesta en la que actúa el dúo Estopa, interpretando la canción principal del filme.

¿Cuáles son las claves de este éxito hasta cierto punto inesperado? Si el tema de por sí ya es una elección arriesgada, lo es más todavía el enfoque de comedia que Mercero y los otros dos coguionistas dan a una historia que tantas veces el cine –como también sucede en la vida real– han presentado con rasgos de tragedia. Buena parte del mérito de este enfoque es precisamente de uno de los guionistas, Albert Espinosa, autor de la obra teatral *Los pelones*, apelativo cariñoso con que las enfermeras llaman a los chicos enfermos de cáncer, tras haber perdido el pelo a consecuencia del tratamiento. En esta obra dramática se ha basado el filme, que vierte en la historia su propia experiencia, pues él mismo padeció el cáncer con 14 años y asegura haber vivido parte de las experiencias recogidas en la película. “De esta historia –explica Mercero– me sedujo tanto su contenido como su tratamiento. Era una manera diferente de tratar el problema del cáncer a través de unos adolescentes. Tratándolo con una sensibilidad nueva, amor, humor, solidaridad y dolor. Todo esto me gustó mucho, el juego de emoción y humor”. A partir de este material, Mercero se acerca así a uno de los temas claves de la vida humana (la enfermedad, el sufrimiento y en último término, la muerte), con un enfoque tan audaz como estremecedor, mezclando humor, drama y emoción con valores como amistad, solidaridad y amor, hasta componer –según indica la sinopsis oficial del filme– “con su coraje para superar las dificultades, un entusiasta canto a la vida”.

La película, vista siempre a través de la mirada de los chicos, cuenta con buenas interpretaciones, en su mayor parte –salvo el caso de Juan José Ballesta,

protagonista de *El Bola* (Achero Mañas, 2000) y *El viaje de Carol* (Imanol Uribe, 2002)– de actores desconocidos hasta la fecha, sin experiencia previa en la pantalla, pero que dotan al filme de mayor naturalidad. No obstante, en algún momento parece existir cierta sobreactuación, especialmente en las gamberradas de los chicos, a veces demasiado acentuadas, y asimismo llama la atención una secuencia que rompe por completo el tono amable del conjunto de la película. Por el contrario, los escasos personajes femeninos –comenzando por la niña enferma–, podían haber dado mucho más de sí, lo mismo que ciertos secundarios, como los médicos, tratados de una forma tan estereotipada que hace que no parezcan creíbles.

Como ya hemos adelantado, buena parte de la crítica se rindió ante lo que Fernando Méndez Leite (*Fotogramas*) llama “el proyecto más arriesgado de Mercero, (...) una película difícilísima de hacer por el delicado equilibrio que exige jugar con el dolor y el humor, con la proximidad de la muerte y con la necesidad de sobrevivir”. En efecto, en este difícil equilibrio para hacer creíble la historia se basa el éxito de una película que va directa al corazón, pero sin caer en un sentimentalismo fácil. “Mejor hablar con naturalidad de algo tan terrible que utilizar eufemismos para ocultarlo”, señala Mercero para explicar el porqué de su apuesta. Leyendo en internet algunos mensajes enviados por adolescentes enfermos de cáncer o por sus progenitores da la sensación de que el director ha logrado ciertamente su objetivo.

Sin embargo, no es oro todo lo que reluce y lo cierto es que Mercero, habiendo estado cerca de hacer una obra redonda, se queda en parte a las puertas de ese objetivo. Pesa en primer lugar el enfoque excesivamente televisivo de la realización, que parece encadenar secuencias –y a veces incluso *gags*– casi como si fuera una teleserie. Como ha señalado Alberto Fijo (*Fila 7*), “para bien y para mal, Mercero es hombre de televisión, un medio en el que ha brillado como pocos hasta convertirse en referencia imprescindible de la historia de la TV en España”. Por otro lado, es una pena que el guión no haya sabido ahondar algo más en los grandes temas que se plantean, independientemente de la edad de los pacientes, cuando uno se encuentra en una planta de oncología. Así, llama la atención la ausencia absoluta de toda referencia religiosa o trascendente, a pesar de que, sociológicamente, es bien sabido que, en una planta dedicada a oncología, el sentido de la muerte tiene mucho que ver con el sentido de la vida. En alguna entrevista sobre la película, el propio Mercero ha reconocido este hecho, al señalar que “quizás el sentido religioso ayuda mucho a morir con dignidad”, pues “la sociedad de consumo nos ha hecho ir olvidando el sentido de la muerte como parte de la vida. El resultado es que se tiene más miedo”. Quizás si Mercero hubiera plasmado esta cuestión en el filme –haciéndolo compatible con el humor, puesto que precisamente la “alegría de vivir”, en situaciones tan extremas, es también la pérdida de ese “miedo a la muerte” que él menciona–, ahora estaríamos hablando de una película completa, de mayor hondura y humanidad. En fin, como ha señalado Juan Orellana (*Alfa y Omega*), “un vuelo demasiado corto” de un Antonio Mercero, al que en cualquier caso hay que agradecer la valentía de enfrentarse a un tema espinoso, el hacerlo con esa peculiar mezcla de humor y drama y la opción por una “esperanzadora mirada” (Antón Merikaetxebarria, *El Correo*),

entre tantos filmes españoles que aburren al espectador, a base de repetir los mismos argumentos, siempre en un tono negativo y desesperanzado.

*Santiago de Pablo*